

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Bailly-Baillière, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

PARTE EXTRANJERA.

Pocos días se pasan sin que tengamos que ocuparnos en algún nuevo hecho de los que continuamente se suceden en el gran reino y que vienen a poner en evidencia la felicidad de que gozan los súbditos de la Italia una. Si nos lo permitiera el espacio de nuestro diario y pudiéramos hacer un extracto de los periódicos de Italia que llegan a nuestras manos, presentaríamos todos los días a nuestros lectores un cuadro horrible de la situación deplorable en que bajo todos conceptos se encuentra la obra de los italianismos. Pero ya que esto no sea posible, no podemos prescindir de tomar nota al menos de algunos rasgos más salientes.

Ya saben nuestros lectores que a fin de atender a la precaria situación en que se encuentra el tesoro del llamado reino de Italia, se constituyó hace poco una junta de patriotas con el nombre de *Consorzio nazionale*, con el objeto de excitar a los italianos a que alijon el bolsillo y ayuden con sus donativos a salvar a la patria de una bancarota inminente. Sin duda para quitar todo escrúpulo a los presuntos donantes y para inspirarles alguna confianza, lo primero que hizo el *Consorzio* fué declarar solemnemente que nada tenía que ver con el gobierno, que era completamente independiente de él, que el ministro no interpondría para nada en su administración y que el dinero que se recogiese, se tendría bien guardado, de manera que los ministros no pudiesen echarle la mano. Los artículos de todos los periódicos que propusieron y apoyaron la formación del *Consorzio*, se reducen en su mayor parte a insistir en ese punto: «Suscribidos al *Consorzio* con toda tranquilidad, llevad vuestras ofrendas al Banco nacional, que nosotros las guardaremos bajo cien llaves, y el gobierno del reino de Italia tendrá que entenderse con nosotros.» Este es el lenguaje unánime de la prensa italianísima.

Si alguna vez se ha insinuado que el Gobierno y el *Consorzio* estaban en inteligencia, los directores del último han apresurado a protestar contra semejante calumnia, como quien tiene la seguridad de que nadie daría un cuarto si los hombres del Gobierno hubieran podido disponer libremente de los donativos. Cuando el ministro Chiaves propuso a la Cámara de los diputados elevar a aquella asociación a la categoría de ente moral, la idea de esta existencia jurídica produjo verdadera alarma, y el *Diritto* y la *Gazzeta del Popolo* no ocultaron el placer que les causaba la enmienda presentada en el Parlamento, con el objeto de eximir al consorcio de toda intervención en sus operaciones por parte del Gobierno.

No tendría más cuidado, dice la *Unità Cattolica*, un pirótenico para preservar del fuego las materias inflamables que elabora, ni tomaría una cocinera más precauciones para impedir que la carne y los guisados fuesen pasto de gatos golosos y rapaces. Tal fué la diligencia con que los iniciadores y los miembros del *Consorzio* se apresuraban a poner los deseados millones al abrigo de la intervención de los ministros. Y cuenta que, como hace notar el periódico citado, al frente del *Consorzio*, ocupando la pre-

sidencia del mismo, está un Príncipe de la casa de Saboya, el cual se ha unido con los demás miembros para decir al Gobierno: «Señores, reclamamos para nuestro dinero el principio de no intervención, porque no nos fiamos de vosotros ni de vuestra ciencia, ni de vuestra administración, ni de nuestra economía política.»

Pero no paran aquí las muestras de confianza en los poderes del Estado. Mientras que el *Consorzio* insultaba indirectamente a los ministros, los banqueros insultaban también al Parlamento. Reunidos los banqueros del reino en la capital provisional el 25 de Marzo, decidieron ofrecer a los ministros y al Parlamento un empréstito de 250 millones a condición de que se voten los impuestos y se nivelen los gastos con los ingresos. El secretario de la reunión dirigió una carta a un periódico manifestando cuál era el pensamiento de aquella; en esa carta se lee lo siguiente: «Si, el 16 de Abril decid al Parlamento: «aquí teneis doscientos ó doscientos cincuenta millones si votais la nivelación de los presupuestos.» Este argumento ejercerá tal influencia en el ánimo de la Cámara, que indudablemente votará economías y se apresurará a hacer la nivelación.»

Como se vé la condición no puede ser más injuriosa para el ministerio y para los diputados. Suponer que uno y otros mediante la oferta de 250 millones harán lo que de otra manera no hubieran hecho es suponer que en aquellos ministros y en aquellos legisladores puede mas el esplendor del oro y el sonido de los millones que el amor a la patria, la salud del reino y el bien del pueblo. «¿Puede haber mayor insulto, dice la *Unità cattolica*? Creemos que no se encontrará en la historia un hecho semejante. En Italia todo el mundo es Gobierno y todo el mundo cree que sabe más que el Gobierno y el Parlamento, que tiene más amor a ellos a la patria, y que tiene más aptitud para administrar y para gobernar que los ministros y los diputados y los senadores. ¿Sabeis cuántos gobiernos tenemos en la península? ¿Pues tenemos el Gobierno de Mazzini, el Gobierno de Garibaldi, el Gobierno del *Consorzio nazionale*, y el Gobierno de los banqueros. El único que no es Gobierno es el que tiene la obligación de serlo. En suma estamos en completa anarquía.»

«Tal es el estado del malaventurado reino! Y entretanto todos los medios inventados para mejorar la situación de la Hacienda se estrellan contra la impotencia; sus resultados son casi nulos. El *Consorzio nacional* ha producido á duras penas quince ó veinte millones, fruto en gran parte del descuento que se han impuesto muchos empleados; y la reunión de banqueros, para tomar un empréstito de 250 millones a la par, hasta ahora no ha tomado nada ni ha dado resultado alguno, como no sea el de una prudente abstención y el de atraerse las iras de algunos periódicos italianismos, que dicen que semejante asamblea ha proclamado el estado ruinoso de la Hacienda y ha ocasionado la baja de los fondos italianos en París. Los periódicos más entusiastas comienzan ya á decir también que el *Consorzio* es una ilusión.

Se reciben pormenores que van poniendo en claro los sucesos de Barletta y deduce de las noticias más autorizadas que los revolucionarios,

como de costumbre, han exagerado cuanto han podido aquellas lamentables desgracias. Por de pronto parece fuera de duda que no hubo protestantes quemados, ni cosa parecida. Y á propósito de Barletta. El ministro protestante Teodoro Meyer, que dió margen á todo lo ocurrido en dicho punto, ha remitido dos cartas al *Curiere delle Marche* refiriendo lo que sucedió en Barletta. En la primera se leen las siguientes líneas: «Después de mi llegada se presentaron al sub-prefecto dos diputaciones no de gente baja, sino de gente culta, pidiéndole que me espulsase. Consultado el prefecto de Bari acerca de este asunto mandó que se me hiciera salir enseguida. El sub-prefecto de Barletta estaba decidido á cumplimentar la orden, pero un despacho del Ministerio produjo en él un efecto mágico porque inmediatamente permitió que celebrásemos una reunión.»

El diario católico *Firenze*, de donde tomamos estas noticias, añade con mucha oportunidad que á consecuencia de la carta de Meyer, el ministro debe demandar de calumnia á éste ó de lo contrario debe ir al banco de los reos por haber violado la Constitución y haber sido el principal provocador de los lamentables hechos de Barletta.

Unos cincuenta diputados del Congreso de Florencia, aprovechándose de las vacaciones que se tomó el Parlamento, fueron á pasar la Semana Santa á Roma. Un diario revolucionario de Italia daba días pasados esta noticia, y decía que no había ido ciertamente por devoción ó por simple curiosidad, sino para esparcir la buena semilla y preparar los medios morales. Entre los peregrinos estaban Rattazzi y su mujer que pasaron después de Roma á Nápoles. Haría un día ó dos que había llegado á esta última ciudad, cuando un diario de la misma publicaba la siguiente noticia:

«Ayer se representaba en el teatro de San Cárlos la ópera *Maria di Rohan*. Concluido el segundo acto, todos los ojos se fijaron en el palco número 14 del segundo piso, en el cual se vió entre otras personas una señora aparatadamente vestida. De pronto se oyó un murmullo general y algunas voces repetidas de: «¡fuera Rattazzi! ¡fuera Rattazzi! A las voces siguieron los gritos y los silbidos.»

La *Bandiera del Popolo*, órgano anti-piamontés, publicó á propósito del *Consorzio nacional* un artículo muy duro, pidiendo á Riccardi, Peruzzi, Minghetti y otros ministros que devolvieran á Italia todo lo que la habían quitado. Esto dió lugar á un procedimiento de calumnia á instancia de aquellos señores contra el director de dicho diario, el cual encontró tres abogados que se ofrecieron á defenderle gratis. Llegado el día de la vista, el primer abogado que usó de la palabra, arrancó tantos aplausos del público, que el presidente se vió precisado á suspender el acto para restablecer la calma.

Esa es la popularidad de que gozan en 1866 los ídolos de 1860.

Las noticias de Prusia y Austria manifiestan que la cuestión entre estas dos potencias continúa en términos poco apacibles. En otro lugar publicaremos las noticias más importantes acerca de este asunto.

NOTICIAS TRANSMITIDAS POR EL TELÉGRAFO.
Dicen de Panamá que la legislatura de

San Salvador ha ratificado el tratado con España.

—Prusia no tomará represalias por la expulsión del general Waldersee de los Estados austríacos.

—Baviera ha prohibido la exportación de caballos fuera de las fronteras de Zollverin.

—El Congreso de Nueva-York, ha rechazado la proposición del Sr. Stevens por la que se imponía derechos á la exportación de los algodones.

El gobernador del Canadá ha mandado que se licencien todos los voluntarios.

—En la Bolsa de París de ayer se cotizaban los fondos á los precios siguientes: Fondos franceses: el 3 por 100 á 67-15, y el 4 y 1/2 á 96-25.

De los fondos españoles la diferida se ha cotizado á 36 1/8.

Los consolidados ingleses quedaron ayer de 96 1/2 á 51/8.

Del Diario de Barcelona tomamos la siguiente correspondencia de París:

PARIS, 9 de Abril.

El *Monitor* anuncia en sitio preferente que el marqués de Lema, embajador de España, fué recibido ayer en audiencia particular por el Emperador, á quien entregó una carta notificándole el nacimiento de un hijo de S. A. R. la Infanta doña María Luisa Fernanda, duquesa de Montpensier.

El *Monitor* da también á conocer, y esto tiene mayor trascendencia, las palabras dirigidas por el Padre Santo el día 3 de Abril á varios franceses que desearon ofrecerle sus respetuosos homenajes. «No he olvidado, dijo el Papa, lo que los católicos franceses han hecho en favor de la Santa Sede. No olvidaré que en 1843 un embajador de Francia favoreció mi salida para Gaeta, y que en 1849 un general francés me trajo las llaves de Roma. No olvidaré jamás las pruebas de simpatía que me ha dado el Emperador.»

El *Monitor* copia estas palabras con cierta solemnidad. Lo que importa notar en ellas principalmente es esta frase de Pío IX: «En 1849 un general francés me trajo las llaves de Roma.» Al presente, en vísperas de la ejecución del convenio de 15 de Setiembre, bien puede uno preguntarse si esas mismas llaves que la Francia republicana arrancó de manos de la revolución para ofrecerlas al Padre Santo, la Francia imperial tolerará que sean quitadas de manos del Papa para volver á manos de la revolución. Esto habrá querido indicar indirectamente Pío IX al evocar el recuerdo de 1849; y al copiar solemnemente esas palabras, parece que el *Monitor* quiere manifestar que el Gobierno actual no contradice los hechos consumados, diez y siete años há, con aplauso de todo el mundo. Quiera Dios que estas indicaciones se realicen, y la Francia actual respete y guarde las tradiciones gloriosas de su protectorado secular en Roma.

Y á propósito de la Santa Sede añadiré, con referencia á noticias particulares, que la negociación de un empréstito pontificio está terminada; pero que se guardará en secreto hasta que se cumplan ciertas formalidades. El empréstito será emitido á un tipo elevado tan pronto como el Gobierno francés haya autorizado su emisión.

El *Monitor* publica las correspondencias de Méjico que ha traído el vapor *Panamá*. Esas correspondencias siguen presentando la situación bajo un aspecto muy favorable; pero las cartas particulares hacen descripciones muy distintas; y se asegura especialmente que el mariscal Bazaine, que

manda el ejército francés, ha dirigido una exposición al Emperador, manifestándole que es indispensable todavía conservar la ocupación por espacio de tres años. Créese que en vista de una afirmación tan competente, el Emperador aplazará la retirada de las tropas, y procurará arreglarse de modo que se cumpla el plazo señalado por el mariscal Bazaine.

Pero estas combinaciones, si son desfavorables para nuestro Tesoro, en cambio tienen un lado bueno: es que en Europa hacen inclinarse la balanza en favor de la paz. Asegúrase en efecto que el Gabinete de las Tullerías, teniendo presente la cuestión de Méjico, no pudiendo con semejante estorbo acometer grandes empresas en el continente, dará consejos pacíficos á Florencia y no fomentará los arranques del Gabinete de Berlín.

Sin embargo, en contraste con estos rumores tranquilizadores se ha presentado hoy un artículo de la *Italia* que es muy comentado. Dicho periódico refiere una conversación que el Rey Víctor Manuel ha tenido en Milán con algunas personas notables relativamente al Véneto. Según la *Italia*, el Rey usó un lenguaje que, sin ser belicoso, era sin embargo á propósito para hacer esperar la emancipación próxima de dicha provincia, y la impresión recibida por los que oyeron á Víctor Manuel ha sido la de que se está preparando alguna gran combinación.

¿Qué crédito merece esta noticia? Un crédito muy secundario sin duda, porque en Florencia nada se hará sino lo que se resuelva en París; y lo que importa, no es lo que Víctor Manuel diga en Milán ó en otra parte, sino lo que Napoleón III proyecta en las Tullerías.

La *Opinion Nacional* ha recibido una segunda advertencia por un artículo en que le ha parecido al Gobierno que reclamaba reformas liberales con sobrada entereza.

Mañana empieza en el Senado la discusión de que hablé á Vd., sobre una exposición en que se pide que la Constitución sea modificada. El vizconde de la Guernonniere leerá el dictamen en que la proposición es desechada; más parece que algunos senadores, inspirados por el soplo liberal, emitirán una opinión contraria; y entones el duque de Persigny tomará la palabra para combatir nuevamente el régimen parlamentario, y contestar á los discursos pronunciados en el Cuerpo legislativo sobre esta cuestión.—D.

—El suceso político exterior de mayor importancia que hoy nos trae el correo, es la proposición de la Prusia relativa á la convocación de una Asamblea nacida de elecciones directas y del sufragio universal de toda la nación alemana.

Esta proposición ha caído como una bomba y los despachos de Francfort anuncian que la Dieta á petición de su presidente, ha resuelto que dicha proposición sea comunicada inmediatamente á los Gobiernos federales, y que conforme al reglamento sea discutida trascurrido el plazo de una semana.

Es probable que la proposición de la Prusia no encuentre buena acogida en los Gobiernos consultados, que no querrán suicidarse, como tampoco la ha tenido en Francfort. En esta ciudad, antes de que se sometiera á la Dieta la proposición prusiana, se había reunido el 7 de Abril el comité de los treinta y seis, y en la prevision de la próxima iniciativa de Mr. de Bismark publicó una notable declaración que dice así:

«1.º Ante la Alemania se levanta amenazador el peligro de una guerra civil, de la ingerencia del extranjero, de la ruina de la libertad y de la prosperidad pública.

«2.º La manera contraria al derecho de que las dos grandes Potencias disponen de los Ducado

— 253 —

mientos de las Guardias, superando todos los obstáculos de los reductos, fosos y parapetos dispuestos para la defensa, se encaramaban por las empalizadas y prominencias con la agilidad de las ardillas, cogiéndose á todo extremo de viga, á toda piedra saliente, etc.: hasta subieron á los alfeizares de las ventanas, en donde cogían por el cañon el fusil de los enemigos y se lo arrancaban de las manos: tal grado de intrepidez y de arrojo obligó á los mismos generales austríacos á elogiarlo diciendo: ¡Cuán glorioso y grande es lidiar con tan valerosos contrarios!

La acometida, el ímpetu y el choque de las tropas reales, fué tal al rededor del cementerio de Santa Lucia, que parecía no haber otro conflicto en los demás puntos, y que todo estuviese concentrado debajo de aquellos muros, ántes pacífico y sagrado abrigo de los muertos, y ahora fortificados y convertidos en ciudadela y en teatro de sangrienta y encarnizada lucha. Un caballero joven de Castelnuovo llamado Torrazzo fué el primero que se arrojó con el mayor denuedo al pié del muro, y con tal agilidad y sangre fría puso los pies y las manos en los agujeros hechos por las balas de cañon, que en un abrir y cerrar de ojos se halló encima de la muralla: á su vista se animan y arrojan también como leones los valientes de las Guardias, el alférez Lacosta se encarama y planta en el muro la cruz de Saboya, y luego es imitado por los más se-

— 259 —

dientos de gloria que lo inundan y escalan por todos lados, y en el mismo cementerio, en medio de las cruces y de las urnas cinerarias, se empeña la más sangrienta refriega á la bayoneta. Los austríacos desocuparon el cementerio para apoyarse en las columnas del centro; pero pronto reforzados, volaron al asalto y reconquistaron el terreno; sin embargo, viendo que se había reunido la division de Arvillars á la de Ferrere, otra vez emprendieron la retirada.

En esto llegó la nueva de la derrota de los piamonteses en la Cruz Blanca, y en vista de ello, temiendo el Rey que en el ímpetu de la victoria cayesen sobre su flanco y espaldas las columnas de Aspre, hizo tocar retirada. Entonces el mariscal (que con la calma del piloto cuando más arreciaba la tempestad estaba en acecho de toda coyuntura favorable) apenas vió que las tropas Reales desamparaban las fortificaciones de Santa Lucia, mandó entrar de nuevo á los suyos, para fortificarse otra vez aumentando las defensas. Pero el alma compasiva y paternal de Carlos Alberto sentía el más vivo pesar al considerar los muchos heridos que quedaban prisioneros de guerra, y rabiaba sin saber qué resolver: miraba con severidad á sus generales, y daba vueltas con su caballo, como si dijera:—¿Y habremos de dejar á tantos valientes que por mí derraman su sangre abandonados en poder del enemigo? ¿Quién curará sus heridas? ¡Generales! ¡Soldados!

— 262 —

Salis una bala le traspasa el pecho y lo derriba del caballo; coge la mano del ayudante de Radezky y le dice:—Amigo, haz que me lleven á... y no pudo pronunciar otra palabra. Al ver aquello, irritados los cazadores, se ocultan detrás de las columnas y se echan sobre la brigada de Cuneo; los italianos de Geppert les siguen de cerca y caen bajo un fuego terrible y sostenido; pero un batallón de Prolaska, con los cazadores del conde de Koppal, hendió y rompió la brigada Real, la cual en su dispersion envió al duque de Saboya y corrió á refugiarse en la línea del centro.

El mariscal volvió á apoderarse de Santa Lucia, mientras que el ejército entero de Carlos Alberto cayó y se declaró en completa retirada. El general Clam, que se hallaba en la extrema izquierda sobre Tomba, notando el desconcierto de las tropas reales, marchó apresuradamente á cogerle la espalda, y á cargar furioso sobre la retaguardia; pero no sostuvo el choque, sino que huyó en dispersion; y á no haber sido por la densa selva demora les que sombreaban todos esos campos y que á cien pasos impedía la vista de tanta derrota, los austríacos no sólo hubieran podido cortar la retirada al ejército de Carlos Alberto, sino hacer en él una horrible carnicería.

Así terminó aquella famosa batalla, la cual en sentir de los inteligentes fué una de las batallas

— 255 —

quitó en parte un escudo á la brigada de Aosta, que á modo de parapeto se opuso de un lado al torrente de los dragones, que estrechándose y arremolinados, cargaban á los escuadrones de la caballería Real. Estos hacían cuanto podían para resistir á semejante furia. Veíase á aquellos hombres poderosos y valientes venir á las manos, con las espadas largas y rectas, hiriendo de punta y de corte, parar los golpes y descargarlos fieros en los yelmos, cortando las cimbras y deshaciendo las carrilleras. Los dragones de Aosta llevaban yelmos de acero, que en su base estaban rodeados de una tira de brillante piel de becerro marino, y en su cimera relucía la cruz de Saboya, hecha también de acero.—Los dragones austríacos llevaban sus yelmos de cuero barnizado, con las junturas cubiertas de latón; pero tanto los unos como los otros ningún caso hacían de tales defensas; sino que sacudían una lluvia de tajos, reveses y mandobles con tal ardor, que traspasaban los pechos, los carrillos, las facciones y las cabezas, quedaban hendidos y despegados los hombros, y los brazos venían abajo, sin que nada pudiese resistir á tan tremendas cuchilladas.

Cruzábanse, confundíanse, rechazábanse, ya separándose, ya estrechándose, multiplicaban las cargas, y se revolvían formando ya grupos, ya hileras, con un estrépito y un choque de espadas y movimiento tan continuo y

libertados de la dominación danesa como de un botín de guerra, los planes patentes de una anexión violenta formados por el Gobierno prusiano, la debilidad de la mayor parte de los otros Gobiernos alemanes, y una Constitución federal, que excluye completamente al pueblo alemán de la dirección de sus destinos, traen á la Alemania la perturbación y las catástrofes.

3.º Que una protesta enérgica que condene decididamente toda guerra civil alemana, sea la respuesta á esas empresas que turban la paz. Ya en algunas ciudades prusianas y otras, se han levantado voces contra los peligros de una política funesta de Gabinete. Pero si el pueblo alemán no quiere asumir la responsabilidad de la desgracia nacional, es preciso que en todas partes manifieste tan clara y vigorosamente su opinión y su voluntad, que los mismos que aconsejan á las coronas y los que las llevan no puedan dejar de oírlos.

4.º Es necesaria una transformación completa de la Constitución alemana si queremos apartar para lo futuro las miserias y los peligros de la situación actual. Pero todo Gobierno que no respetando los derechos de su propio país presentase proyectos de reforma federal con la intención tal vez de adquirir aliados en una guerra civil, caería por efecto de la falta de confianza de su propio pueblo y del pueblo alemán, de las garantías necesarias para el buen éxito de la grande obra de la unión nacional.

La respuesta de la Prusia á la nota austriaca había causado en Viena en las regiones oficiales una impresión desfavorable.

Los diarios austriacos pedían al gobierno que apelase á la Dieta federal para el arreglo de las cuestiones pendientes.

Se creía que la oferta de mediación de la Rusia había llegado demasiado tarde.

En caso de guerra el ex-emperador Fernando debía dejar á Praga.

Corría el rumor de que se había enviado un despacho al conde Karolyi, representante de Austria en Berlín, en contestación á la última nota del conde de Bismark, y que en ese despacho el gobierno de Viena reiteraba las demandas contenidas en la nota del 31 de Marzo.

Noticias de Matamoros del 19 de Marzo anuncian que el general Douai había derrotado á los juaristas en Pávas en el Norte de Méjico.

Habiendo recibido luego refuerzos los juaristas habían atacado á los franceses mandados por el barón de Briar, que había sido muerto. El general Douai, sitiado en la iglesia de Pávas, se había sostenido con 50 hombres hasta la llegada de los refuerzos.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 15 DE ABRIL DE 1866.

DEL PROYECTO DE UN BANCO NACIONAL.

Desde la publicación del proyecto de ley presentado á las Cortes por el Sr. Alonso Martínez para la fundación de un nuevo Banco de España, viene este siendo el objeto preferente de la atención pública en general, y en particular de los periódicos de todos matices, entre los cuales quienes encomian con ministerial entusiasmo la concepción del Sr. Alonso como una de esas fecundas creaciones de los grandes genios, y la presentan como infalible panacea de todos nuestros males, y quienes por el contrario la combaten no menos arduosamente, acaso no siempre con toda la sensatez y tino que debe mostrarse en el examen de tan importante asunto.

Para dilucidar el detenimiento que su trascendencia requiere la cuestión económica de los Bancos que implica el proyecto del Sr. Alonso Martínez, y para examinar en particular este con la extensión debida, en todas sus partes, sería indispensable consagrarle un estudio para el que por hoy no disponemos del tiempo ni del espacio necesarios: por consiguiente vamos á contentarnos, al emitir nuestro juicio, más bien que á examinarlo á indicar los puntos principales sobre los que debería versar un examen concienzudo, y al propio tiempo algunos de los más graves y funestos defectos de que adolece el proyecto.

Ante todo, en prueba de la estricta imparcialidad

que siempre procuramos predominar en nuestros escritos, debemos reconocer la exactitud de algunas consideraciones expuestas en el preámbulo, como las relativas á la importación de capitales extranjeros y á las causas de la exportación del numerario.

Detenido últimamente el movimiento de importación de capitales extranjeros con destino á la construcción de ferro-carriles por lo escaso de sus rendimientos, según se dice, resulta hoy en nuestras relaciones comerciales exteriores un desnivel grandísimo; desnivel producido más aun que por el pago de la Deuda nacional poseída por capitalistas extranjeros y por el de los intereses grandes ó pequeños de los capitales, extranjeros también, invertidos en ferro-carriles, por el grande exceso de la importación sobre la exportación de frutos y mercaderías, cuyo saldo ha de efectuarse necesariamente en numerario: siendo cierto en fin que el incremento de la importación, esto es, de la adquisición de géneros extranjeros ha sido determinado por los hábitos de consumos desarrollados en medio de la abundancia y del bienestar engañoso de los años precedentes, en que tuvo lugar la susodicha importación de capitales.

Para resolver este conflicto económico de un modo satisfactorio y permanente no hay más que un recurso: promover un gran desarrollo de la producción nacional. Y para comunicar á la producción indígena un impulso vigoroso es indudable que conviene, en principio, facilitar la importación de capitales extranjeros; pues, á no dudar, lo que más detiene el desenvolvimiento de la producción española es lo exiguo de su capital circulante.

Prueba elocuente de la conveniencia de esta importación de capitales extranjeros la tenemos en una gran parte de nuestras líneas de ferro-carriles, cuya influencia en el desarrollo de la riqueza española es bien notoria, y cuya construcción no se hubiera verificado sin el concurso extranjero.

Que los capitales sean ingleses no creemos es razón bastante para rechazarlos. Hay personas á quienes la idea de un inglés produce la más viva é inesplicable sensación, casi un movimiento de repulsión invencible; pero á nosotros, que á nadie cedemos en patriotismo, y no nos causa igual efecto, y no es del caso adelgazar el discurso.

Inglaterra, por efecto del enorme incremento de su capital circulante, es uno de los países donde los capitales producen menor interés. En España, por el contrario, efecto de su escasez, rinden un interés mucho más grande. El tipo de cotización de su respectiva Deuda nacional puede en cierto modo dar la medida de la diferencia. En su consecuencia España debe ofrecer á los capitales ingleses un eficaz atractivo, el de un interés mayor. Y viniendo á colocarse en España, no sólo ganarían esos capitalistas sino que ganaríamos también nosotros con el desarrollo que comunicarían á la producción española, semejante al producido por los capitales franceses aplicados en los años anteriores á la construcción de ferro-carriles.

Los principios invocados en el preámbulo del proyecto del Sr. Alonso Martínez son, pues, exactos. Lo que es preciso examinar es si el proyecto de Banco que nos ocupa es una aplicación estricta y acertada de tales principios, ó si se invocan buenas premisas para cohonestar planes funestos.

Convenimos en que para dominar la presente crisis son ineficaces los préstamos de capitales extranjeros á corto plazo, como los efectuados en estos últimos años por el Banco de España, pues, si momentáneamente facilitan la circulación, en breve su reintegro viene á agravar la situación económica. Es indispensable sin duda que los capitales vengán, por decirlo así, á domiciliarse en España, que su empleo sea fijo y permanente; pero esto no basta, como equivocadamente piensa el Sr. Alonso Martínez.

Es absolutamente necesario para que la in-

migración de capitales contribuya á nivelar los cambios y á crear un estado económico próspero, que se apliquen á empresas reproductivas; de tal suerte que la utilidad ó ganancia reportada por su empleo reproductivo sea tal que, después de satisfecho al capitalista extranjero el correspondiente interés, todavía resulte anualmente un sobrante que ceda en aumento de la riqueza ó producción nacional.

Cuando los capitales extranjeros no se consagran á empresas reproductivas, cuando, por ejemplo, se destinan á alimentar la prodigalidad y el despilfarro de Gobiernos malversadores, entonces, lejos de resolver la crisis, la agravan del modo más deplorable. Por el momento la avenida de esos capitales mejora la situación económica; pero la mejora es ficticia y transitoria: muy pronto los capitales se consumen, y la obligación de satisfacer sus intereses viene á hacer en lo sucesivo más desastrosa la crisis.

¿Será tal, por nuestra desgracia, la consecuencia del flamante proyecto?

El establecimiento de Bancos, de una u otra especie, es sin duda un empleo reproductivo de los capitales; sin embargo, hay un sin número de empresas que reclaman hoy en España su aplicación con necesidad y conveniencia incomparablemente mayor. Al servicio que los Bancos prestan á la producción tenemos en la actualidad ya dedicados grandes capitales, mientras tanto que multitud de empresas no se acometen por su escasez, con gravísimo perjuicio de nuestro desarrollo económico.

Si algún servicio es posible organizar hoy con capitales exclusivamente españoles lo es sin duda el establecimiento de un gran Banco nacional sobre la base de los Bancos ya creados.

Por otra parte, lo enorme del capital prefijado para el nuevo Banco (que como saben nuestros lectores asciende á 1,200 millones de reales) arguye desde luego una sospecha vehemente de que la importación de ese capital no tiene por objeto exclusivo la fundación del Banco. En la actualidad hay ya establecidos Bancos en Madrid y en todos los principales centros mercantiles, y la suma de sus capitales es muchísimo menor. Aun concediendo que perfeccionada esta institución y ampliado el crédito, se requiera para las necesidades de la circulación un capital mayor que el de que hoy disponen nuestros Bancos, es en nuestro sentir inquestionable que el capital asignado al nuevo Banco es muy superior al requerido por nuestro estado económico.

Esta sospecha que por sí sola suscita lo desmesurado de su capital, queda confirmada al leer el articulado del proyecto, en el cual se prefijan operaciones funestamente contrarias á la naturaleza de los Bancos de giro ó de circulación, en tal escala que puede dudarse si semejante denominación es un mero pretexto para encubrir muy diversos fines.

En primer lugar se autoriza al Banco para prestar á las compañías ó empresas de obras públicas legalmente constituidas á más de noventa días, y aun en cantidad mayor que el capital efectivo del Banco, toda vez que sea con garantía de valores públicos negociables, operación contraria á los buenos principios y ocasionada á gravísimos conflictos.

Toda persona medianamente instruida en la ciencia económica (y al decir esto se comprenderá que no aludimos á quienes sean tan absolutamente incompetentes como el Sr. Alonso Martínez), sabe que para evitar esas terribles crisis á que tan expuestos se hallan los Bancos de circulación es de todo punto necesario dos cosas: 1.º que los valores sobre los cuales presta el Banco sean realizables en un breve plazo, menor de 90 días según el uso establecido; y 2.º que estos valores sean realizables fijamente por todo su importe; por lo cual autores muy acreditados sostienen que solo deben aceptarse en garantía letras de cambio de pago seguro, ó metales preciosos en barras ó moneda.

Ambas condiciones se infringen en el pro-

yecto. La primera se conculca desde luego paladinamente, sin que baste á justificarlo la obligación consignada de reducir el plazo á noventa días cuando lo acuerde el Consejo de administración del Banco, pues es más que probable que en los períodos de crisis, cuando este lo acuerde, sea imposible á las compañías cumplir sus compromisos. Igualmente se infringe la segunda pues que también es sabido de todos, menos de nuestro incompetente é inexperto ministro de Hacienda, que en los períodos de crisis (que es, repetimos, para cuando se toman estas precauciones) la gran depreciación que sufren todos los valores públicos negociables, basta para ocasionar una bancarrota. Y como en el proyecto se establece que bajo tales bases podrá el Banco prestar más de su capital efectivo resulta que no sólo los intereses de sus accionistas, sino los de la nación toda que acepte sus billetes pueden verse desastrosamente comprometidos por una gestión imprudente ó fraudulenta.

Esto mismo es aplicable á las relaciones del proyectado Banco con el Tesoro, y con circunstancias muy agravantes, porque si al fin puede esperarse que los capitales extranjeros prestados á empresas de obras públicas tengan un empleo reproductivo, los prestados al Gobierno es probable no tengan otro fin que alimentar, como antes decimos, la malversación parlamentaria.

Como quiera que sea, si el proyecto llega á ser ley no tardaremos en ver reproducido en el nuevo Banco Nacional, y en mucha mayor escala el malparado Banco de España, por haber accedido á negociar con el Gobierno operaciones contrarias á la naturaleza de su instituto.

Si el Sr. Alonso Martínez, el joven ministro predestinado á eclipsar la proverbial impericia del Sr. Salaverría, tuviera algunas nociones elementales de Economía política y de Hacienda, intentaríamos demostrarle que la indole de los Bancos sólo se presta á las operaciones de la Deuda flotante, y de ningún modo á esos grandes empréstitos clandestinos que el menos experto siente, permítasenos la frase, palpar en su proyecto; mas para esto era necesario que siquiera supiese lo que se entiende por Deuda flotante, y que el Sr. Alonso lo ignora es bien evidente: quien lo dude lea el extracto de la sesión en que discutió con el Sr. Santa Cruz sobre la conducta del Banco, y le verá afirmar, con esa imperturbabilidad propia de quien no entiende una palabra de lo que habla, que no puede decirse constituya una deuda flotante los anticipos hechos al Gobierno de futuros ingresos; ¡Bienaventurado Sr. Alonso! ¡Si creara que lo que constituye la Deuda flotante es, por ejemplo, el precio no satisfecho aún de las boyas y demás objetos de uso análogo?

No menos funesta que las susodichas operaciones ha de ser la emisión de billetes de 40 reales. Nada podía imaginarse, de propósito, más contrario al fin de resolver la crisis metálica que se propone según dice el Sr. Alonso Martínez.

Si el Sr. Alonso tuviera alguna idea de la historia económica, sabría que las necesidades de la circulación en cada Estado sólo absorben cierta cantidad de moneda ó de billetes como intermediarios de los cambios, excedida la cual tienda á salir el sobrante al extranjero, y que, no pudiendo salir los billetes, al verificarse las grandes emisiones de estos se produce una exportación considerable de numerario.

Cuando los billetes no bajan de cierta suma, de 100 rs., v. g., las necesidades de la circulación, esto es, de los innumerables cambios menores de dicha cantidad, retienen dentro del país, ó tienden á retener el numerario al efecto preciso; más cuando se emiten de insignificante valor entonces la exportación no tiene límites: los billetes prodigamente emitidos bastan para atender casi exclusivamente á las necesidades de la circulación, y llegada una de esas crisis, tan

frecuentes en la historia de los Bancos, el conflicto no puede ser más desastroso.

A estas reflexiones del orden económico, que acabamos de indicar solamente, pueden añadirse otras de diverso género, también contrarias al proyecto del Sr. Alonso Martínez.

La primera relativa á la naturaleza de la empresa que se trata de confiar á capitalistas ingleses, y la segunda á las condiciones de estos mismos capitalistas con quienes ha tratado el Gobierno.

En cuanto á la naturaleza de la empresa es evidente que si en alguna puede haber razones políticas que aconsejen no confiarla á extranjeros es la institución de un Banco nacional, por la grande influencia que necesariamente ejerce en un Estado. Y de las personas á quienes su establecimiento se quiere encomendar, se dice son sujetos desconocidos y sin los recursos necesarios, por lo que muchos sólo explican sus negociaciones como un mero agiotaje.

Ambas consideraciones, igualmente importantes, han sido y son el tema preferente de los ataques dirigidos por la prensa al proyecto del señor Alonso.

NARCISO MUÑOZ DE TEJADA.

No hay publicista que deje de reconocer que la libertad de imprenta es el alma de los gobiernos liberales. Puede suprimirse la tribuna, puede desaparecer la división del poder; pero si subsiste la libertad de imprimir y publicar las ideas sin previa censura, subsiste fuerte y vigoroso el liberalismo.

En efecto, este consiste en el libre examen desembozadamente aplicado á la política y con cierta hipocresía á la religión, á saber, llamando á las materias puramente religiosas, asuntos filosóficos ó políticos. El liberalismo es un protestantismo disfrazado ó vergonzante; es, si nos permite la expresión, un luteranismo jansenista. Luteranismo en el fondo, jansenismo en la conducta. Habiendo, pues, libertad de imprenta, hay libre examen, y con libre examen hay liberalismo, cualquiera que sea la forma de gobierno que domine; absoluta, monárquica pura ó representativa: la forma importa bastante; pero importa incomparablemente menos que el principio; porque puede haber hasta repúblicas no liberales, mas no libertad de examen sin verdadero liberalismo.

Verdades triviales son estas, verdades notorias y al alcance de todos los hombres políticos de nuestra patria. ¿Cómo, pues, esa general indiferencia de los liberales con que en el Senado han visto la discusión acerca del proyecto de ley relativo á la imprenta? ¿De dónde esa misma frialdad con igual motivo observada en el Congreso?

Si se tratara de asuntos de verdadero interés para el país, comprenderíamos la poca atención que se les prestara. Vicio es ya muy viejo y arraigado entre nosotros el volver las espaldas á cuanto afecta á nuestro bienestar social, para acudir, ávidos de emociones, á presenciar miserables reyertas de partido; pero la cuestión de imprenta es esencialmente política, no es de Concordato, ni de presupuestos, ni de quintas, ni de contribuciones: es ocasionada á recriminaciones y escándalos; ¿por qué se ha de mirar con ese abandono?

Ayer mismo, cualquiera que hubiese entrado en el salón del Congreso en ciertas horas sin saber de qué se discutía, ayer hubiera creído que se trataba de averiguar qué Unión liberal es la genuina, si la disidente ó la histórica; quién era el verdadero jefe de la Unión liberal, si el general O'Donnell ó el Sr. Ríos Rosas: ayer hubiera oído decir al Sr. Posada Herrera, aludiendo notoriamente á este último, que la oposición en ciertas personas era cuestión de temperamento; que si hoy los disidentes se habían separado porque el Gobierno era poco liberal, si lo hubiera sido más, habrían disidente del Gobierno por revolucionario.

Ayer hubieran podido oír al Sr. Herrera, vi-

terrible, que no puede imaginarse una más encarnizada pelea.

El valiente general Sommariva hizo adelantar su brigada amenazadora; pero el jefe de la artillería austriaca, volviendo las piezas contra las filas avanzadas, aclaró, desconcertó é hizo estragos en aquella pobre infantería, á la cual no le valió cambiar de frente, ni combatir en columna, ni soslayarse; pues las brigadas del archiduque Segismundo y del general Wohlge-muth, la embistieron por todos lados, sin embargo que el cuerpo de los guardias le guardaba la espalda.

El Rey, firme é impávido en medio de tan furioso estrago, oía silbar en torno de sí aquel diluvio de balas, veía á los carabineros que formaban su escolta, con los morriños acibillados y sus caballos heridos; sin embargo, con la mirada y la atención siempre fijas en los movimientos y evoluciones de parada ó de avance, etcétera, veía á la caballería y á la infantería subir y bajar rápidamente por aquellos montes de piedra al asalto de las trincheras; al tiempo que los zapadores desembarazaban con sus palas y azadones los montes pedregosos que obstruían el paso, y derrumbaban los escombros en las zanjas, preparando el camino á la artillería volante, que salía precipitadamente y corría casi con temeridad á plantar sus piezas en medio de las primeras filas enemigas.

La tierra temblaba bajo la trepidación de tan numerosa caballería, de tantos batallones de infantes, del acarreo de las piezas de artillería y del choque estrepitoso de tan empenado combate. El archiduque Francisco Giuseppe animaba á los soldados con la voz y con el ejemplo, permaneciendo tranquilo y con impávida serenidad en medio de las balas de cañón, que le pasaban por todos lados, tronchando los árboles y sembrando el suelo de ramas. Mientras tanto el archiduque Alberto hizo embocar las columnas por una estrecha senda; pero una batería piamontesa, oculta detrás de la espesura de las moreras, rompió de improviso un terrible fuego de metralla que destruyó cuanto se le puso delante. Una nube de tierra y de ramaje cubrió al impeterrito archiduque; una bala mató el caballo del conde Wratisslaw, y otra agujereó el vestido del ayudante del mariscal y le rompió la vaina de la espada.

Sin embargo, los austriacos continuaban avanzando bajo los reparos de Santa Lucía; el teniente coronel de Leitendorf, con el general Salis y Pimodan se arrojan al frente de un batallón de granaderos del archiduque Sigismundo y de algunas compañías del regimiento de Geppert, y con sus gritos animan á los soldados; quienes atacan furiosos á la bayoneta á las tropas reales, que los esperan á pié firme é impávidos. Leitendorf cae mortalmente herido; al general

Eran las tres de la tarde cuando se vio llegar á toda prisa la brigada Regina y la de Cuneo conducidas por el duque de Saboya, quien gritó:

—Señor, los valientes de Carlos Alberto no serán presa del enemigo.

Esto dicho se arroja furioso á Santa Lucía; rompe y arranca las empalizadas y estacadas, envía, como perros al toro, los batallones más animosos y robustos, los que diezmadados por el fuego de la artillería se estrechan y por encima de montones de cadáveres se lanzan fuera de sí á las casas, á las plataformas y á los muros del cementerio. La caballería de húsares, cargando ferrocementos á los batallones Reales, hacia estragos, derribando á los soldados con el empuje de los caballos, rompiéndolos á sablazos, pisoteándolos y magullándolos; pero los piamonteses se mostraron firmes, y sin desanimarse por tan duro choque de los imperiales, se reúnen y estrechan; y lanzándose como panteras al asalto por todos lados, los toman por tercera vez con tanta furia, que los de Radetzki son arrojados de sus puestos.

Entonces el mariscal, que por la derrota de la división de Broglia había juzgado exactamente el éxito de la batalla, envió por su edecán el intrépido joven Pimodan, al general Wratisslaw, la orden de acudir con todas sus fuerzas al recobro de Santa Lucía.

Observó el Rey que el esfuerzo del combate había llevado el centro del mariscal hacia su ala izquierda de Santa Lucía, en donde los austriacos, mas conocedores que el del terreno, en parte se habían atrincherado en el burgo, y en parte estendido gradualmente y en masas cerradas, con la caballería en las dos alas y con la artillería parte al frente, y parte á los lados y detrás de los parapetos y troneras hechas en los muros.

Allí fortificaron las casas y el recinto con trincheras, reducidos y fosos; pues desde aquel punto podían hostilizar al enemigo por todas partes, teniendo á donde retirarse y hacerse fuertes. Así, viendo los piamonteses la dificultad del asalto, y no obstante, queriendo forzar y vencer al enemigo atacándole por el flanco ó por la espalda, resultó mayor violencia y ardimiento en el choque, y ambos poderosos ejércitos hicieron prodigios de valor.

Las tropas de los generales Ferrere y Passalacqua aun no se hallaban en sus puestos, gracias al retardo de las órdenes; por lo que un batallón de las Guardias, escitado por los gritos de sus oficiales que precedían animosos á la columna gritando:—¡Animo! ¡adelante!—se metió impetuosa debajo de los reparos de Santa Lucía, y desafiando el fuego volcánico de la artillería y de la fusilería, cargó con entereza, sin parar hasta que estuvo debajo de los muros. Otros regi-

ario del señor presidente del Congreso, que el temperamento del Sr. Posada era *adular al pueblo con promesas de liberalismo desde los bancos de la oposición, para verse luego desde el banco azul de los nécios que creyeron en sus promesas*. De todo lo cual se infiere que no hay razón para mirar con esa extraña indiferencia discusiones en que se despedazan recíprocamente dos fracciones, en que se dicen tantas y tantas injurias parlamentarias, en que no se trata del bien del país, sino de Posada y Ríos Rosas, y en fin, donde a cada momento estamos esperando un escándalo que acabe de desacreditarnos aun más de lo que estamos.

Pues ni por esas logra interesar a los mismos liberales la discusión de libertad de imprenta. Lo que sucede es, que cuando se exacerbaba la lucha personal, cuando se barruntaba el escándalo, la frase dura, la alusión o el ataque a determinados sujetos; entonces todo el mundo se abalanza a las tribunas o los bancos; pero pasa el turbión, se concluye el frasco de mostaza del festín parlamentario, se vuelve a tratar de la prensa en la *serena región de los principios*, y todo el mundo se sale a fumar y a ventilar quien ha estado más picante, quién más duro, si los unionistas o los disidentes.

¡Oh prensa! ¡oh cuarento poder del Estado que para nosotros eres el primero en el orden de ideas del liberalismo! ¡Ojos que te vieron un día tan mimada, tan querida, tan furiosamente idolatrada, cómo te ven hoy tan desdeñada y desatendida! ¿Cómo están hoy desiertos los bancos en otros días tan poblados? ¡Ay! Si la discusión sobre la prensa sigue, la yerba va a brotar en el camino de las tribunas del Congreso. ¡Si los zorros y plumeros porteriles no lo remedian, van a cubrirse de polvo y telarañas los escaños parlamentarios! ¡Oh prensa! ¡quien te ha visto y quien te ve!

Y en parte es una gran fortuna para la imprenta libre que no se interese alma nacida por su suerte; porque si la opinión pública diera en asistir a las sesiones del Congreso; si los hombres honrados que sólo piensan en sus menesteres tomasen la vuelta de las Cortes y manifestaran su juicio acerca de los periódicos, ¿dónde íbamos a parar? Es decir, ¿a dónde íban a parar los periodistas? Para la conciencia pública, la ley del Sr. Nocedal sería liberalísima, y la ley que propone el Gobierno con ser tan feroz, pasará por suave y templada.

Si desde que la prensa liberal se lanza a combatir descarada y sistemáticamente los dogmas de nuestra santa religión, que mal que le pese, es y seguirá siendo, Dios mediante, la religión de los españoles; desde que está sirviendo de ariete contra la sociedad, contra la propiedad y la familia; desde que predica el panteísmo y el materialismo, por un lado, y por otro se la ve ciega de odio y rencor a las personas; con ambiciones no con ideas en la cabeza, con odios, no con nobles aspiraciones en el corazón, el público no piensa en esos periódicos, y si piensa, sus juicios son más terribles que el proyecto del Gobierno.

Los Gobiernos no han querido impedir esos ataques; se denuncian artículos molestos, incómodos a un partido, se dejaban pasar escritos anti-católicos; pues bien, la justicia que no hacía el ministerio la está haciendo ahora el sentimiento nacional, que se ha sobrepuesto a todos los intereses del liberalismo, alegrándose de que se ponga en manos de un Gobierno esa receta para matar periódicos, que esto y no otra cosa es la ley que se discute.

Dice La Democracia:

«Digán lo que quieran los periódicos neo-católicos, tanta y tanta fiesta como hay en España, es una calamidad para el trabajo, una calamidad para el comercio, una calamidad para la industria. Se fomentan de una manera horrible los hábitos de vagancia. Se fomentan más todavía los vicios. Porque las fiestas no se santifican en España con aquella severidad que se santifican los domingos en Boston, por ejemplo. Las fiestas son aquí ocasión de grandes males. Queremos la observancia severa del domingo, pero no queremos más.»

Si La Democracia fuese un periódico católico, que no lo es, le contestaríamos que estaba obligado a querer en punto a festividades religiosas lo que quiere la Iglesia; pero como es un diario racionalista, aun nos parece que se excede de sus principios en querer la *observancia severa del domingo*. ¿Y por qué la del domingo y no la del sábado como los judíos? ¿Y por qué la del sábado y no la del viernes como los musulmanes? Una vez apartado el hombre del *querer* de la Iglesia en materias religiosas, no sabemos qué razón tiene para fijar límites a sus voliciones, ni menos para imponer su voluntad a los demás.

En punto a la santificación del domingo entre los protestantes hay mucho que hablar; pero si el periódico democrático quiere que los domingos se santifiquen, empiece por predicar la santificación de todos los días festivos, y es la manera mejor de poner por obra lo que desea.

Pero lo que desea La Democracia es proceder con cautela en estas cosas religiosas, porque aun no ha olvidado del todo el país en que vive; primero pide la suspensión de todos los días festivos, menos los domingos; que los domingos se santifiquen como los protestantes; pero así que lo consiga dirá que es una tiranía, un atentado a la industria, el que la gente no vaya a los teatros, y las tiendas estén cerradas los domingos; y una ridiculez que no se toque el piano en esos

días; y acabará por proclamar libertad absoluta para santificar o no los domingos.

Y esto sería en ese periódico lo más lógico; si la lógica no lo arrastrase todavía a perseguir como los revolucionarios franceses a los santificadores del domingo.

Mientras que el Sr. Alonso Martínez da por sentado en el proyecto de ley de presupuestos del año próximo que resultará un sobrante de sesenta millones, un diario ministerial acaba de decir que en mucho tiempo será imposible la nivelación del presupuesto.

Armonías liberales.

Los progresistas no se descuidan, según parece.

Dícese que anteayer salió de esta corte con dirección a París un personaje de aquel partido; y se supone fundadamente que se verá en aquella capital con el general Prim, para lo cual saldrá este o habrá ya salido de Londres en la misma dirección.

A los emigrados, dice un corresponsal, no les falta nada; están por el contrario muy animados y aseguran que pronto tomarán el camino de Madrid.

¡Desgraciado país!

Parece ya averiguado que no son casas de primer orden las inglesas interesadas en el futuro Banco Nacional. Esto es lo que ha motivado la baja de nuestros valores en la Bolsa de Londres.

De aquella ciudad escriben sobre este mismo asunto a La España la carta siguiente:

LONDRES, 10 de Abril de 1866.—La creación del Banco Nacional presentada a las Cortes por el señor Alonso Martínez, ha producido aquí un efecto enteramente contrario a lo que se creía probablemente en esa.

El Times, en su City article, genuino órgano de la opinión mercantil de este empirico, se muestra manifestamente opuesto al pensamiento, y su opinión es la del *Stock exchange* o Bolsa.

Nada se dice en el proyecto de reconocimiento de los cupones, y aun cuando los del comité dicen que es asunto arreglado con el Gobierno a cenáculos tapados, nadie les hace caso; la más elocuente prueba es que los certificados de cupones, lejos de subir como era de esperar, han bajado medio por ciento.

Los nombres que figuran en el proyecto, como observa el Times, colectivamente no tienen bastante representación para la empresa. Las personas que se designan como directores de Bancos, si bien es un hecho que lo son tal cual se dice, nadie cree que tengan para este negocio la representación de esos Bancos. No es, pues, la representación de estos establecimientos ni la de la casa de Overen and Guernsey lo que está en juego, sino la suya propia personal.

La creencia general aquí es que este proyecto de Banco no pasa de ser una jugada para producir una alza en los cupones, y se duda que se haya hecho el depósito de 200,000 libras esterlinas de que habla el proyecto; puedo asegurarles que no está hecho en ningún Banco de Londres, y a no haberse hecho en Madrid, es posible que el depósito tenga alguna forma muy etérea.

El promotor de la idea, según se asegura, ha sido Mr. Williams que vive en esa; el mismo que en el empréstito último hizo proposiciones para la totalidad de los 600 millones y de quien dijo el Times que no creía representara ninguna casa conocida de Londres.

¿Será el Sr. Alonso Martínez juguete de alguna torpe especulación? Es de esperar, por decoro del país, que así no sea, pero de aquí no puedo darle ningún dato, ningún rumor que haga creer que esta proposición tenga ninguna probabilidad de éxito.

La quiebra de la casa española de los señores Pinto, Perez, Ashlay y compañía, ha causado una triste situación en la plaza, especialmente entre los que se interesan en los asuntos de España.

Si cualquiera de nuestros lectores se pusiera a pensar como quien procura adivinar el mayor disparate que ha dicho en el día de hoy la prensa liberal, estamos seguros que no le sería fácil acertar: es tan grande el que tenemos ante los ojos leyendo Las Novedades, que dudamos mucho haya ocurrido a nadie la posibilidad de preferirlo. Y sin embargo es indudable el hecho, es decir, el disparate máximo entre los muchos que en las últimas veinticuatro horas ha proferido la opinión reina del mundo. Las Novedades asegura que «los neo-católicos parecen decididos a hacer todo el daño posible a la religión». Gran delirio es este ciertamente, pero aún es mayor todavía la razón que trae el periódico progresista para persuadir de él a sus lectores. Esta razón es que «Mr. Veillot acaba de publicar un libro con el título de La Ilusión liberal». Hé aquí, pues, en resumen la paradoja de Las Novedades: «Una de las plumas más brillantes de Francia acaba de publicar un libro contra el liberalismo, inconciliable con la religión y el Pontífice, según la expresión del Syllabus; luego los católicos han decidido hacer a la religión todo el daño posible.» O en otros términos: el mayor daño que puede hacerse al Catolicismo es combatir el liberalismo. ¿Puede ser mayor el disparate?

«Respire el mundo; aliente el hombre; no tema el cristiano; no tema nadie. A Dios se le ama, no se le teme.» Así lo declara *ex cathedra* El Demócrata Andalúz, con su autoridad autónoma é implacable: *Causa finita est*.

¡Desdichado! ¿qué poder es el tuyo para extinguir en las manos de Dios el rayo de su justicia?

¡Singular evangelio predica al mundo la de-

mocracia! No se podía comunicar a los hombres nueva peor que esta, en que se les dice que respiren, porque ya no se teme a Dios. Si esta noticia fuese cierta deberían los hombres honrados esconderse en las entrañas de la tierra, para salvarse del diluvio de los crímenes. ¿Qué más quisieran los malvados que no tener que temer? ¿ni qué pueden temer más los inocentes sino que no se tema a Dios?

¡Ah! el día en que los hombres no temieran a la justicia del cielo, acabarían por devorarse fraternalmente en la tierra en nombre del amor puro que les predica El Demócrata.

Y a todo esto la autoridad permitiendo que así se combatiera el principio mismo de la verdadera sabiduría, el temor de Dios.

Leemos en El Pueblo:

«La baja que ayer se observó y que se irá observando casi diariamente, consiste en que todo el mundo va adquiriendo la convicción íntima de que esto, todo esto, se va a paso de carga.»

Señor fiscal, ¿podemos ya decir, como dice El Pueblo, que esto, todo esto, se va a paso de carga?

Porque en tal caso volveremos a escribir lo que se va y lo que se queda, sin temor de volver a ser denunciados.

Decía ayer en el Congreso el Sr. Posada, dirigiéndose al Sr. Herrera, disidente y *alter ego* del Sr. Ríos y Rosas:

«Era preciso que S. S. y sus amigos nos atacaran por una cosa o por otra, porque eso está en su carácter, porque son como aquellos hombres de quienes decía un ilustre escritor, que su misión era sólo descomponer. Y el caso es que NO SE LES PUEDE ACUSAR por ello, porque lo hacen INCONSCIENCIA.»

Al propio tiempo se recibía en Madrid el *Courrier de l'Europe*, periódico extranjero defensor del Gabinete español, y en él se leían las siguientes líneas:

«ESPAÑA.—Las últimas noticias que recibimos de Madrid explican el incidente parlamentario que casi ha comprometido la existencia del ministerio O'Donnell.»

Parece que el presidente de la Cámara, señor Ríos y Rosas, que había sufrido en otras ocasiones ataques al cerebro, tuvo un *anago muy grave* en la sesión del 27 de Marzo último, que le obligó a ausentarse sin tomar parte en la votación del interesante proyecto que se discutía. Se dice en Madrid que el Gobierno le insinuó entonces la conveniencia de presentar su dimisión de los cargos oficiales, lo que hizo al instante, y la dimisión fue aceptada por el ministerio.

Este incidente había causado mucha sensación en Madrid, con motivo de la alta posición y de la importancia del personaje de que se trata.

Esto no necesita comentarios.

Acaba de llegar a Southampton la mala del Pacífico, y a juzgar por las noticias telegráficas recibidas en Madrid, no había ocurrido novedad en nuestra escuadra desde la acción de Abtao. El estado de salud y el espíritu de las tripulaciones de los buques españoles eran inmejorables, y hacían concebir la esperanza de que darían pronta y feliz cima a su empresa.

A la fecha de la salida del correo no habían regresado aún de su nueva expedición las fragatas *Numancia* y *Blanca*, lo cual nada tiene de extraño. Pero esta noticia confirma la exactitud de nuestro juicio acerca de la salida de la *Numancia* contra los asertos de La Epoca.

Un telegrama de París, fecha de ayer, comunica la noticia, a todas luces inverosímil, de que avisada por telégrafo la escuadra peruano-chilena del nuevo golpe que le esperaba se retiró de Abtao haciendo rumbo a Valparaíso, con objeto de sorprender a los buques españoles que habían quedado en aquel puerto, en ausencia de la *Numancia* y la *Blanca*. Además de no guardar conformidad el contenido de este telegrama con los recibidos directamente de Southampton que nada dicen del movimiento que se supone hecho por el enemigo, nos parece inconcebible y desprovisto de todo fundamento el que este tan destruido y abatido como quedó de resultas del último choque, en vez de tratar de reponerse para evitar su completa destrucción se dirigiese en busca de los buques de nuestra escuadra que se hallaban de refresco en Valparaíso, con los aires y el empuje de un vencedor; esto sin contar con el temor que debía infundir al enemigo el fundado recelo de encontrarse en alta mar con la *Numancia* y la *Blanca* que tan severa lección le acaban de dar.

Dícese en el mismo telegrama que a la salida del correo se hablaba en el Perú de los grandes preparativos que hacía Guayaquil para auxiliar a los aliados, gracias a los fondos y armamentos que le proporcionaba el mismo Perú, lo cual dice bastante por sí sólo cuán temible debe ser para España este nuevo adversario.

Las noticias telegráficas de Londres del 12 relativas al Pacífico, anuncian que todo continúa en el mismo estado.

Costa-Rica rechaza la alianza con Chile.

Según el periódico *Independiente*, en el vapor peruano *Lersundi*, a consecuencia del combate de Abtao, hubo una explosión de que resultaron cinco muertos y ciento catorce heridos.

Con fecha de ayer dicen de Southampton lo siguiente:

«El 17 de Febrero salieron de Valparaíso la *Numancia* y la *Blanca* en busca de la escuadra enemiga, refugiada en Chiloe.

Las pérdidas de esta en el combate de Abtao han sido de mucha consideración.

En la escuadra española reina salud completa y hay abundancia de víveres y combustible.»

Según La Correspondencia, decíase en París anteayer que de resultas del triunfo de la escuadra española delante del canal de Chiloe, las grandes potencias habían vuelto a agitarse renovando sus proposiciones de mediación. Las correspondencias añaden que los representantes de las grandes potencias habían hecho conocer en Lima que estas sentían mucho la actitud hostil del Perú y de los otros Estados aliados con Chile en una cuestión para ellos completamente extraña, declarando al mismo tiempo en Santiago que deseaban vivamente ver al Gobierno chileno entrar en vías de negociación.

En El Comercio de Cádiz, del correo de hoy, leemos lo que sigue:

«Ayer ha salido de este puerto la fragata de guerra *Navas de Tolosa*. No creemos conveniente referir lo que se dice sobre el objeto de la comisión que se la ha confiado.»

Hoy apoyará en el Senado el Sr. Calonge la siguiente proposición que tiene presentada acerca de la última sublevación militar:

«Ruego al Senado se sirva declarar que para juzgar con acierto sobre la sublevación ocurrida el día 5 de Enero último, sus antecedentes y consecuencias, es necesario que el Gobierno de S. M. remita a este alto Cuerpo colegislador y a la mayor brevedad posible los antecedentes que existan en su poder referentes al origen, progreso y resultado de aquella, así como lo que indudablemente ha de tener de las disposiciones adoptadas para prevenirla, reprimirla y castigarla.»

Mientras unos creen que esta proposición dará lugar a una votación nominal si el Gobierno se opone a ella, dicen otros que el Sr. Calonge la retirará.

—El cambio de los billetes en el Banco de España se está verificando con mucha mayor facilidad que hasta aquí.

—El Senado acordó antes de ayer que continúe en la comisión de venta de los bienes del Patrimonio los Sres. Huel y conde de Ezpeleta, que fueron ya nombrados el año anterior.

—El ministro de Hacienda accediendo a una petición del Sr. Salaverría, ha remitido al Congreso la Real orden expedida en 24 de Julio de 1864, facultando al Banco de España para adoptar aquellas medidas de restricción, así en el cambio de billetes como en la concesión de préstamos y descuentos que la necesidad exigiese, y para disminuir el importe general de la reserva.

—La academia de Nobles Artes de San Fernando ha nombrado vocales de la junta inspectora del monasterio de Yurela (Zaragoza) a D. Francisco Lopez y Rodas y D. Elias Martínez, magistrado cante el primero y Canónigo de Tarazona el segundo.

—Estado de la distribución por provincias de la quinta de 55,000 hombres a que se refiere el proyecto leído por el Sr. Posada Herrera en el Congreso, es el siguiente:

Provincias.	Cupos.	Provincias.	Cupos.
Alava.....	252	Logroño.....	592
Albacete.....	505	Lugo.....	1015
Alicante.....	895	Madrid.....	791
Almería.....	857	Málaga.....	1144
Avila.....	421	Murcia.....	917
Badajoz.....	925	Navarra.....	690
Baleares.....	557	Orense.....	815
Barcelona.....	1516	Oviedo.....	1270
Burgos.....	754	Palencia.....	406
Caceres.....	731	Pontevedra.....	374
Cádiz.....	598	Salamanca.....	594
Castellón.....	598	Santander.....	474
Ciudad-Real.....	585	Segovia.....	515
Córdoba.....	862	Sevilla.....	1154
Cornua.....	1255	Soria.....	550
Cuenca.....	526	Tarragona.....	740
Gerona.....	670	Teruel.....	559
Granada.....	1062	Toledo.....	747
Guipúzcoa.....	469	Valencia.....	1296
Huelva.....	571	Valladolid.....	555
Jaen.....	554	Vizcaya.....	585
León.....	911	Zamora.....	585
Lérida.....	810	Zaragoza.....	359

Los mozos sorteados en Abril de 1865 eran 149,446.

Y a propósito de quintas, son ya muchos los pueblos de la península que han enviado exposiciones a las Cortes para que el cupo sorteadable en cada localidad se fije con relación al número de mozos que haya en el año en que se verifiquen las quintas, y no con arreglo al número de mozos del año anterior.

—Se ha reunido en el salón de presupuestos del Congreso la comisión encargada de proponer a los diputados de varias provincias los medios de modificar la contribución de consumos o suprimirla, reemplazándola con nuevos impuestos.

Presidió el señor conde de Patilla, y después de leído el proyecto de ley de que damos noticia a nuestros lectores, fue combatido por los señores Guerra y Rascon, y defendido por el Sr. Ballester, suspendiéndose la discusión para continuarla en la semana próxima.

—Mientras que La Epoca dice que María Cristina vendrá a Madrid y Aranjuez a últimos de mes, El Espíritu Público asegura que no vendrá.

—Se habla del Sr. Vazquez Queipo, senador del reino, para la superintendencia general de Cuba, y del Sr. Artazcos para la secretaría de aquel gobierno supremo.

—Otra vez está en suspenso el asunto del Banco hipotecario con capitales franceses. Dicese que el asunto tropieza con algunas dificultades.

—Según dice un periódico, ha tenido lugar en Baza un motín, que tuvo por origen el aprovechamiento de aguas. Como es consiguiente, hubo varios gritos y mueras, y otras cuantas frases de las que tienen gran repuesto los liberales.

—Ha pasado por Barcelona el señor Obispo de Gerona, de paso para Lérida, en cuya ciudad debe hallarse el próximo domingo con motivo de la consagración del señor Obispo de Vich, que tendrá lugar, como dijimos, en la catedral leridana, de cuya santa iglesia ha sido Canónigo. El nuevo Obispo de Vich es natural de Gerona.

—Pasado mañana saldrá de la Iglesia de San Ildefonso la procesión del Santo Viático para administrar la comunión pascual a los impedidos de la parroquia. Mañana saldrá el Viático de la misma parroquia para los impedidos que no habitan en las calles por donde pasa la procesión del domingo.

—Con motivo de estarse colocando la cantería para la distribución de las aguas en la calle de Meson de Paredes, una de las más estrechas de Madrid, apenas puede transitar por ella. Urge, pues que las obras se terminen.

—Parece ser que el Sr. Cruzada Villamil ha indicado al señor ministro de Fomento que la próxima exposición nacional de Bellas Artes, podría verificarse con poco gasto en el edificio de San Martín, que muy en breve deberá abandonar la Guardia civil que hoy lo ocupa.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

La Gaceta de hoy publica varios reales decretos fechados el 6 del corriente, nombrando gobernador de la provincia de Valladolid a D. Manuel Somoza; de la de Toledo a D. Genaro Alís; de la de Guadalajara a D. Baldomero Menéndez; de la de Cuenca a D. Alejandro Benisa; de la de Guipúzcoa a D. Ramon Maria Moreno Ruiz Bávalos; de la de Salamanca a D. Francisco Latasa y Rodeles. Por real decreto de la misma fecha se nombra ordenador de pagos del ministerio de la Gobernación, a D. Jose Gallostra y Frau. Por otros de la del 11 se declara jubilado al administrador del Correo central D. Manuel Barbié; se nombra para su reemplazo a D. José Ferrari y Rivera; oficial tercero de dicho ministerio a D. Adolfo Nunez de Castro; y oficial mayor segundo de la Administración del Correo central a D. Martin Botella.

Segun anuncia el diario oficial, ayer tuvo efecto el acto de recibir S. M. la Reina en audiencia particular de despedida al Excmo. Sr. D. Julian Guillermo Bergman, ministro residente del Rey de Suecia y de Noruega; siendo presentado al propio tiempo el señor baron Federico Oscar de Stedingk, que elevó a manos de S. M. la carta en que dicho Soberano le acredita en calidad de su ministro residente, pronunciándose con este motivo los discursos de costumbre.

CORTES.

CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RÍOS Y ROSAS.

Extracto de la sesión celebrada el día 12 de Abril de 1866.

Abierta a las dos, se leyó y fué aprobada el acta de la sesión anterior.

El Sr. INIGO presentó una proposición de ley para conceder una pensión a la viuda de un médico fallecido de epidemia.

El Sr. BELDA excitó a la comisión de actas a que presentara dictamen sobre la única acta que estaba sin examinar.

El Sr. LOPEZ ROBERTS contestó que hacía muy pocos días que se había presentado el acta y que tan pronto como la comisión se reuna tratará de ella.

El Sr. GONZALEZ presentó una exposición.

El Sr. SANCHEZ ASSO pidió que se trajera nota de la suma a que ascienden los pagarés de los compradores de bienes nacionales y la fecha en que vencen dicho pagarés, de los billetes hipotecarios que se han emitido bajo esta garantía y la cantidad que representan los bienes vendidos desde que empezó la desamortización hasta 1.º de Febrero próximo.

El Sr. PRESIDENTE manifestó que pondría la pregunta en conocimiento del ministro de Hacienda.

ÓRDEN DEL DÍA.

Imprenta.

Continuando la discusión de la totalidad del dictamen de la comisión, dijo

El Sr. LASALA: Lo que yo dije en la oposición, dicho está. Sin interpretaciones muy sutiles no puede deducirse de ello un voto favorable al proyecto de ley que se discute. Si de interpretaciones se tratara, yo podría recordar que en aquellos bancos se ha dicho que los excesos de la prensa la hicieron muy impopular en Francia. Desde aquellos bancos se ha pedido también una represión inmediata, severa, eficaz, contra los excesos de la prensa en contra de altas instituciones.

Pero sé muy bien lo que son las interpretaciones; y yo, recordando el espíritu de aquel discurso mío, no las palabras, niego mi voto al proyecto que se discute. Yo no dije que la actual ley de imprenta era suficiente. Lo declaró aquí el señor presidente del Consejo, y al día siguiente de su programa dije yo al señor ministro de la Gobernación: es menester organizar el jurado. El señor ministro me contestó: se hará inmediatamente. El jurado se ha organizado, pero no funciona; ahora bien: yo no pedía el jurado para que no se ensayase. Yo deseo que se ensaye, y mientras no se haga la prueba del jurado, yo no puedo votar esta ley, ni otra que distraiga del jurado los delitos de imprenta. Lo que deberíamos hacer era una ley de procedimientos; yo hubiera votado una ley semejante, si el ministerio la hubiese presentado.

Señores, lo que da fuerza a los Gobiernos y a las mayorías, son la consecuencia y la dignidad; y si después de dejar a salvo mi dignidad y mi consecuencia en esta cuestión, doy, como daré en otras, mi voto particular, al Gobierno, el Gobierno podrá apreciar ese voto que tendrá mayor fuerza que el que tendría si yo pudiera prescindir hoy de lo que mi dignidad y mi conciencia demandan.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: No contesto a lo que ha dicho el Sr. Lasala, porque su señoría es dueño de su dignidad y consecuencia. Sólo diré, que si en vez de este proyecto, el Gobierno hubiera presentado la ley de procedimientos a que S. S. se refiere, el Gobierno habría encontrado los mismos debates y la misma oposición. Ambas cosas pensó el Gobierno: el proyecto de procedimientos estaba hecho antes que este, y yo lo presenté porque constando de muchos artículos, la discusión habría durado cuatro meses. A gente sin experiencia política se les puede hablar de ese Eldorado que el Sr. Lasala nos ofrecía, si hubiéramos presentado el proyecto de ley de procedimientos. Yo he presentado aquí un proyecto que ninguno había sido en España más liberal. ¿Y sabéis por qué no fué ley? Por culpa de los enemigos del Gobierno, que a trueque de hacerle la oposición no tuvieron inconveniente en dar muerte a esa madre ó amiga que se llama imprenta.

De S. S. no cabe pensar que quisiera proteger a los difamadores; pero sin quererlo lo hace hoy su señoría; no quita ni pone Rey, pero sirve a su señor que es esa imprenta, y no la imprenta buena, sino la imprenta difamadora y procaz.

Vosotros, señores, conocéis la enfermedad: nosotros proponemos un remedio. Con los que proponen otro, se puede discutir; pero no con los que no proponen ninguno.

El Sr. Lasala nos hacía un cargo de que no llevamos ciertos delitos al jurado. Cuando entré a formar parte del ministerio, hacía un año que se encontraba en vigor la ley de imprenta y nada se había hecho para organizar el jurado. Formé el reglamento para él con arreglo a la ley; le envié

al Consejo de Estado; volvió al Gobierno; lo aprobó pero la ley establece plazos para organizar el Cuerpo de jurados y creo que el último plazo concluye el 15 de este mes. Yo no tengo la culpa de esta dilación.

Ahora que está todo hecho, yo daré gusto al Sr. Lasala llevando ante el jurado muchos periódicos. Yo llenaré los deseos del Sr. Lasala, y tendré el consuelo de evitar sus cargos en adelante.

El Sr. LASALA: Lo que ha dicho el señor ministro de la Gobernación en cuanto al jurado, es sensible. Hace dos años que debiera haber jurado y no le hay.

Yo no he de tener gusto en que S. S. mande hacer muchas denuncias. Yo pido la justicia: si S. S. lleva los periódicos al jurado por sólo el gusto de denunciar, lo censuraré; lo mismo que si por debilidad deja de llevarlos. Yo no quiero más criterio para denunciar que el criterio de la ley.

Si S. S. hubiese presentado la ley de procedimientos, he dicho que la hubiera votado: bastaba mi palabra, y S. S. no tenía derecho a ponerlo en duda. En los cinco años del anterior período de la Unión liberal, varias veces voté contra el Gobierno. Llegaron las famosas postimerías en que tantas y tan singulares cosas se vieron. ¿Qué hice yo? Yo no abandoné al Gobierno en su desgracia. Es posible que ahora haga lo mismo. Algunas leyes de este gobierno voté, pero mi voto no tendría fuerza si hoy no observase la conducta que tengo.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: No he hecho a S. S. ningún cargo personal. Cuando yo he dicho que una ley de procedimientos habría tenido la oposición que esta, porque tratándose de imprenta es goloso hacer la oposición al Gobierno, no he nombrado a nadie; y hasta tal punto respeto las opiniones y la conducta del Sr. Lasala, que no me refería a S. S. ni a ninguno en particular.

El Sr. NAVARRO Y RODRIGO: Desearía que el reglamento me permitiera extenderme de la manera que lo ha hecho el Sr. Lasala. Aunque no soy de los que se colocan en la corriente de ciertas popularidades que siempre lisonjean, aun cuando se quede en débito con la conciencia, debo decir que si se tratara de la suerte de la imprenta y de la suerte del ministerio ó del partido, yo me apartaría del partido y del ministerio y me quedaría con la imprenta. Pero no se trata de eso: se trata de poner a la prensa en la situación misma que tienen los diputados; se trata de que la prensa tenga la misma limitación de prudencia que tienen los Cuerpos colegisladores. Por eso estoy en esta cuestión al lado del Gobierno, porque no se trata de limitar la discusión de los negocios públicos; porque si de eso se tratara, se empezaría por este Cuerpo, en donde cada oposición y cada diputado es un periódico inviolable é irresponsable.

El Sr. Herrera me aludió, haciendo aplicaciones concretas de cosas abstractas que dije el otro día. Al hacer esas aplicaciones tal vez haya recordado el título de aquel drama *La propia conciencia acusa*. La cuestión suscitada con este motivo por su señoría, no se puede tratar aquí literalmente y de soslayo. El Sr. Herrera es individuo de la comisión de asociaciones. Yo suscribiré y defenderé el dictamen de la mayoría, y entonces defenderé también a la Unión liberal desde que asomé en el horizonte político con los puritanos. Si el señor Herrera salda siempre al sol en el Oriente, no será por nada que pueda rebajarle, sino porque tiene sin duda un ideal que luego no se realizó, y que sólo puede ser realizado por S. S. mismo.

A nadie, y menos que a nadie al Sr. Herrera, podía llamarle yo hijastro de la Unión liberal. Al contrario, debería llamarle niño mimado, su Benjamín, pues ha sido oposición en toda clase de cuestiones, menos en la cuestión de la constitución de la mesa, y sin embargo, ha pertenecido a la Unión liberal, la cual ha admirado y premiado siempre sus superiores, sus culminantes merecimientos, que yo contemplo también hasta con espanto.

El Sr. AURIOLLES: El Congreso habrá observado que en este debate de todo se ha hablado menos del proyecto que está puesto a discusión. El señor Catalina lanzó el dardo de su ironía contra la Unión liberal é hizo dos únicas observaciones, la primera dirigida a un período del preámbulo con que el Gobierno había presentado su proyecto al Senado, S. S. condenaba, no el sistema represivo, sino los abusos que podían cometerse a su sombra. Todo el discurso de S. S. se limitó a defender el sistema preventivo, y hasta en esto estuvo desgraciado. No me parece propio de su claro talento sostener la bondad del sistema preventivo respecto de imprenta, con el simul del mismo sistema aplicado al contrabando y a las cuarentenas.

S. S. hizo el elogio de la ley de 1857, y dijo que era el bello ideal del partido moderado. En primer lugar, diré que el partido moderado no aceptó esa ley en los términos que dice el señor Catalina. En segundo lugar, su señoría sabe que el sistema preventivo no necesita leyes; le basta decir: no se publicará nada sin licencia de la autoridad.

S. S. atacó a la Unión liberal porque en su proyecto de ley de imprenta en 1860 se decía que, censurados por el Obispo los escritos sobre moral cristiana, pasasen al Gobierno. S. S. olvidó que sobre ese punto, en el proyecto no se hizo más que copiar lo que dicen las leyes recopiladas. Si a S. S. esto no le parece bien, á mi tampoco me parece bien que se traten cosas tan serias en el estilo en que S. S. trató esta materia.

En el segundo punto, S. S. se limitó a maltratar a los jueces de primera instancia. Yo que he tenido la honra de serlo en esta corte en época en que regía la legislación de 1845, en que se sujetaba a los periódicos al tribunal de jueces, puedo asegurar que en ningún tiempo se me hizo indicación alguna respecto del sentido en que hubiera de dictar mis fallos.

La oposición del Sr. Catalina no me sorprendió; pero la de los que se dicen amigos políticos, no puede llevarse con paciencia; y á la que han hecho los Sres. Casaval y Herrera ha venido á unirse hoy la del Sr. Lasala. Los Sres. Casaval y Herrera contestaron al Sr. Catalina defendiendo el sistema represivo; pero han ocurrido en sus discursos casi lo mismo que con el del Sr. Catalina. SS. SS., protestando que son amigos de la Unión liberal han combatido á la Unión liberal y han dicho muy poco del proyecto que se discute.

Así el Sr. Herrera como el Sr. Casaval, se han lamentado de que no inspiren interés en el día las cuestiones políticas. No hace muchos años, varios señores diputados se quejaban de lo contrario; pero sea de esto lo que quiera, ¿puede darse cosa más natural que el interés que inspira hoy la cuestión económica? Si no hay más derechos políticos que puedan concederse á los españoles, si tienen todos los que pueden tener; si la enfermedad del país solo puede aliviarse con medidas económicas, ¿á dónde se ha de dirigir la atención general?

Dicen SS. SS. que con este proyecto se va á privar á los españoles de un derecho que la Constitución les otorga. ¿Cuál es ese derecho? Yo no lo encuentro. ¿Cuál es el principio generador de esta ley? Todo se reduce á que el editor contra el cual se haya dictado auto de prisión, quede suspenso del cargo de editor, pues quedan en suspenso sus derechos políticos. El Sr. Herrera decía que el Gobierno, según había oído, cedería fácilmente en los demás artículos, siempre que se conservase este. Es decir, que la importancia capital del proyecto está en este artículo. Ahora bien, en este artículo, ¿se envuelve el principio del sistema preventivo? Aquí se confunde, por los Sres. Herrera y Casaval, el sistema preventivo de la previa censura con las prevenciones que se adoptan para asegurar el cumplimiento de la ejecutoria. Por la índole especial de los delitos de imprenta es necesario adoptar prevenciones para asegurar el cumplimiento de las condenas. Para publicar un periódico se exige un depósito, y ese depósito no es efecto del sistema preventivo: es efecto de la previsión con que el legislador ha querido evitar que se eluda el castigo, si há lugar á él. Si se reconoce que las condiciones del editor están fuera del sistema preventivo, ¿cómo se pretende que esté dentro de él lo que se dice en el art. 1.º?

Decía el Sr. Herrera: «¿vosotros podríais proponer lo que proponeis; á nadie le ha ocurrido eso.» Señores, aquí no se establece nada de nuevo, y yo me sorprende que juriscónsultos tan ilustrados empleen semejantes argumentos. La medida de que se trata es la de un Gobierno progresista; la de la primera ley de imprenta de 22 de Marzo de 1857, que estableció que para ser editor responsable es preciso estar en el ejercicio de los derechos de ciudadano; y desde que se estableció la Constitución de 1842 han estado siempre suspenso de los derechos de ciudadanos los que están procesados criminalmente.

Pero hay más: ¿qué dispone la ley vigente? Que no puede ser editor el que no esté en el libre ejercicio de sus derechos civiles; y claro está que el que se halla preso no goza del más precioso derecho. Al constituirse un periódico es preciso acreditar que el editor reúne las condiciones legales; de modo, que si el que se designa para este cargo está preso, no se le puede admitir á desempeñarlo. Pues bien; eso mismo viene á proponer el proyecto de ley: que estando preso el editor, no pueda serlo.

Como la memoria de los hombres es muy frágil, sucedió ayer que el Sr. Figuerola, con la entonación benévola que le distingue, dijo que el proyecto era una demencia. S. S. no recordó que lo que aquí se propone no es sino lo que establece la ley formada por un ministerio progresista y aprobada por un Congreso progresista. De manera, que si en lo que proponemos hay demencia, la hubo en los legisladores de 1857 y aun en los de 1842, que negaron el derecho de ciudadanía á los que estuvieran procesados criminalmente.

Va siendo muy frecuente confundir los periódicos con los periodistas, y son cosas diferentes. Mi amigo el Sr. Lasala acaba de lamentarse de que las redacciones de los periódicos sean una especie de escalera para asaltar los primeros puestos de la gobernación del Estado. Yo creo que en esas lamentaciones hay algo de exageración. Yo no extraño, nadie extraño; al contrario, la opinión aplaude, que al que se distingue y sobresale en el periodismo ó en las Cortes, se le lleve al banco ministerial ó á un destino inmediato. Lo que el Sr. Lasala y yo condenamos, es el abuso, pero el uso no debe ni puede condenarse.

El Sr. Casaval, en estilo sentimental, decía que era de moda denigrar á la prensa. Si me hubiera sido permitido interrumpir entonces á S. S., lo hubiera hecho para decir que la prensa no necesitaba la defensa de S. S., porque nadie la ataca. En este proyecto de ley, si alguna falta se ha cometido, es no haber llevado la consecuencia hasta sus últimos límites; es no haber inhabilitado al editor contra quien se dicta auto de prisión; cualquiera que sea el delito de que se le acuse, para seguir firmando como editor.

El Sr. Herrera dirigió también dardos bastante aguzados contra los jueces de primera instancia. Me sorprende esta argumentación en boca del señor Herrera. ¿Pues qué! si los jueces de Madrid son tan corrompidos (porque todo juez que cede á sugerencias de un ministro contra la justicia es un juez indigno), ¿por qué razón pretende S. S. que se exijan mayores condiciones á los jueces que conocen de las causas de los editores, que á los que conocen de los negocios de los demás ciudadanos, y tienen en sus manos nuestra honra y nuestra Hacienda?

Decía el Sr. Herrera: «puede haber una cuestión tan grave que se ponga al juez en la alternativa de perder el destino ó faltar á su conciencia. Este mismo argumento se hacía cuando se estableció el tribunal de jueces: entonces se publicó un periódico del que no salieron sino cuatro números: todos cuatro fueron denunciados, y todos cuatro fueron absueltos.

Dice el Sr. Casaval: «Llevais á la esfera de delitos comunes delitos que son puramente de imprenta, y si al hacerlo siguiérais las reglas comunes, el mal sería menor, pero habeis violado todas las reglas.» Todo esto lo decía el Sr. Casaval, sin demostrarlo. Precisamente todas las disposiciones del Código respecto de los delitos de injuria y calumnia, vienen insertas literalmente en el proyecto de ley.

Agrega el Sr. Casaval: «calificais de desacato los ataques que puedan dirigirse al Senado, al Congreso ó á alguna de sus comisiones.» ¿Dónde está eso?

El Sr. CASAVAL: ¿Y la pena?

El Sr. AURIOLLES: ¿La pena? No ha leído su señoría el proyecto? ¿No ha visto la penalidad que en él se establece? La comisión cree más grave el delito que se comete contra el Congreso y contra el Senado que el cometido contra el diputado y el senador, y propone para los primeros la pena del art. 495 del Código.

El Sr. CASAVAL: Esa es la del desacato.

El Sr. AURIOLLES: ¿No ha visto S. S. establecida nunca una misma penalidad para diferentes delitos? Yo podré citar á S. S. á centenares de delitos diferentes castigados con una misma pena.

Ya que trato de la penalidad, me haré cargo de un argumento del Sr. Lasala, que dice que no es modo de gobernar el aumentar las cárceles y los presidios: No hacemos aumento ninguno; no hacemos más que restablecer la legislación que ha regido en España desde 1812, y que por la ley de 1864 se había innovado, á fin de que si alguno se atreve á discutir lo que no es discutible, sufra las consecuencias. Con esto, ni se aumentan las cárceles ni los presidios.

El Sr. Navarro ha desvanecido la sorpresa que me causó oír á S. S. hablar de hijos y de hijastros. Lo que comprendí bien fué que el Sr. Herrera, protestando que había sido amigo del Gobierno lo mismo que el Sr. Casaval, no encontraba bueno nada de lo que el Gobierno proponía.

Si cada hombre político es tan apegado á sus opiniones que ni en puntos secundarios puede admitir conciliación, el Gobierno se hace imposible. Para justificar su disidencia los Sres. Casaval, Herrera y Lasala, han tenido que suponer en el proyecto tendencias que no tiene.

No quiero molestar más al Congreso, y le ruego que, dando por terminada la discusión general, proceda al examen de los artículos.

El Sr. CATALINA: El Sr. Auriolles reduce mis observaciones á decir que habiendo yo hablado del proyecto de imprenta del Sr. Posada en 1860, dije que al reconocer en el diocésano la facultad de censurar los escritos relativos al dogma, permitía la apelación al Consejo de ministros, convertido en concilio ecuménico de una plumada. S. S. me recuerda las leyes recopiladas. S. S. no tenía necesidad de recordar esas antiguallas, pues ha venido después el Concordato en que se da ese derecho á los Obispos, y el Gobierno se obliga á respetarlo.

El Sr. AURIOLLES: S. S. se refirió al preámbulo del proyecto del Gobierno, al tratar de las censuras de los Obispos. Yo, al invocar las leyes recopiladas, no he negado su facultad á los diocésanos. He dicho que si en ese proyecto de 1858 se establecía una cosa análoga á lo que establecieron las leyes recopiladas, no había motivo para calificar irónicamente las doctrinas de la Unión liberal.

El Sr. HERRERA hizo una larga rectificación, á la que contestó

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: No extraño que el Sr. Herrera sea adversario de la ley de imprenta, porque si los principios de esta ley no se aplicasen á la conducta de S. S., seguramente hubiera incurrido en las penas que en ella se marcan. Yo, ayer, hablaba aquí oficialmente como ministro, y S. S., sin saber por qué, ha supuesto que yo había tenido una mala intención al llevar á cabo aquel acto. ¿Qué interés puedo yo tener en poner a S. S. en mal con los jueces de primera instancia? A cualquiera le daría mucho que cavilar la cavilación de S. S.

El Sr. Herrera ha citado unas palabras mías; pero esas palabras se refieren á los delitos especiales de imprenta, no á los delitos de que ahora se trata, que son delitos comunes, acerca de los cuales creía ayer el Sr. Herrera que no podían resolver bien los tribunales ordinarios. Si S. S. cree hoy que esto le puede poner mal con los tribunales y desea decir otra cosa, yo no tengo inconveniente en ello ni creo que el Congreso lo tendrá tampoco.

S. S. decía que la prensa de Unión liberal había cometido tantos excesos como la de otros partidos; yo me refería á la prensa en general, y en este sentido digo á S. S. que cuando en Chile y el Perú se quiere ponderar el mal estado en que nos hallamos, se copian los artículos de algunos periódicos de Madrid, y se dice: «hé aquí los españoles pintados por sí mismos.»

Defienda S. S. en buen hora á los españoles que dan lugar á esto; defienda las garantías de los que faltan á la ley; yo creo que es mejor defender las garantías de la sociedad.

No creo exacto que se hayan mandado recoger los artículos que hablen de Hacienda; si eso se ha hecho durante el estado de sitio, por razones que S. S. comprenderá, desde que se levantó este yo no he dicho al fiscal otra cosa sino que cumpla con la ley sin exagerarla ni restringirla. Si hay pocas denuncias, mejor. Si hay muchas, el Gobierno se resignará con su desgracia, y lo único que desea es que se hagan bien.

El Sr. Herrera decía que este proyecto estaba en contradicción con mis promesas hechas desde este sitio; y yo al oír á S. S. que iba á leer unas palabras mías, llegué á temer que pudiera confundirme con ellas. Pero, ¿qué dije yo? Que seguiría con el sistema de la ley vigente, y la quitaría algunas trabas, y en seguida presenté la ley suprimiendo el artículo que llevaba á algunos periodistas á los tribunales militares.

La pregunta del Sr. Mendez Alvaro se refería á los delitos especiales de imprenta; que yo he creído siempre que no deben llevarse más que al jurado, ni tener más correctivo que la opinión y la sensatez de aquellos pueblos en que se tratan de propagar. Creo que tratar de impedir la circulación de esas ideas con medidas represivas, es un error; pero para que puedan circular, hay que robustecer las instituciones, quitando el privilegio de los delitos de imprenta á los comunes cometidos por su medio.

Por lo demás, el Sr. Herrera puede estar tranquilo respecto del porvenir, porque no hay nada que pueda impedir el desarrollo de la sociedad española después de las medidas económicas que se han adoptado; es inútil, señores, poner barreras para que las aguas no corran, porque siempre correrán; lo necesario es abrirles un cauce para que sean fructíferas, en vez de devastar los campos y hacer la ruina del país.

S. S. me ha atribuido unas palabras que yo estoy seguro de no haber dicho. ¿Cómo había de ser tan

insensato que dijera que con esta ley en la mano podría matar en dos ó tres meses el periódico que tuviera por conveniente?

Yo respeto ese partido ó germen de partido que S. S. pone en frente de la Unión liberal histórica; no sé si existe, pero si existe no prosperará mucho, á ser exacto ese origen tan claro que le supone su señoría, porque los partidos políticos necesitan ser como el Nilo, que nadie sabe las fuentes de donde nacen.

Y yo no retiro lo que digo en la oposición, de que tal vez S. S. y sus amigos hubieran sido más previsores que nosotros; pero si sus ideas sirvieron para dar materia á algunos ministerios, ¿cuál ha sido su resultado práctico? ¿Levantar esos ministerios para derribarlos después de haberles dado un cariñoso abrazo?

El Sr. Herrera dice que el país juzgará; pero ¿cómo ha de juzgar si la ocasión ya ha pasado? Si S. S. tiene una bandera tan decidida, ¿por qué no la ha elevado en la ocasión oportuna? Dice S. S. que pensó que había que atacarnos por demasiado liberales. Ya lo sé; era preciso que S. S. y sus amigos nos atacaran por una cosa ó por otra, porque eso está en su carácter; porque son como aquellos hombres de quienes decía un ilustre escritor del 20 al 25, que su misión era solo descomponer: Y el caso es que no se les puede acusar por ello, porque lo hacen inconsecuentemente.

Con esto, señores, y por no continuar dando este espectáculo de una división que creo que miran con mucho gusto algunos de mis amigos particulares, no digo más, y sentiré tener que volver á á hablar de ello.

Rectificaron los Sres. Casaval y Navarro y Rodrigo.

El Sr. HERRERA: Nos acusa el señor ministro de que tenemos tal temperamento que no podemos menos de hacer la oposición. ¿Y cuál es el temperamento de S. S.? ¿Adular al pueblo cuando está en la oposición, para reirse cuando está en el poder de los necios que le han creído. ¿Cómo puede S. S. dirigir á una agrupación de diputados, desde ese banco, donde debe brillar la prudencia, el mas atroz de los cargos, el de decir que combaten las medidas políticas del gobierno, no por convicción, sino por una necesidad de temperamento.

S. S. pregunta cuál es el fruto de nuestra política. Pues es el espíritu liberal de la ley de gobiernos de provincia, de la de sanción penal por delitos electorales, de la de incompatibilidades, etc. Infelizmente ha sido nuestra política para los que no conocen mas fruto que el poder no infructuoso, para los que quieren como fruto el bien del país.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: Señores, lo que hoy sucede es muy frecuente. Provo-ca un orador á un ministro ó un diputado, discutiendo su persona, y si el ministro se defiende en el mismo tono, entonces se dice: ¡Cómo! ¡el ministro atacando! Como si el ministro no pudiera defenderse como el último de los españoles.

Yo respeto mucho la intención de S. S.; pero uno y otro hemos recordado hechos, yo no tengo la culpa de que de esos hechos resulten ciertas cosas.

Y dicho esto, le indicaré á S. S. que todo cuanto hemos llevado á cabo, lo hemos hecho con nuestras ideas, lo mismo la ley de Gobiernos de provincia que las demás; no ha habido cuestión sino sobre la época de hacerlo, porque no pensamos que debía proponerse al principio de una diputación para promover una división en la mayoría. Y me extraña que S. S. diga que la ley de Gobiernos de provincia está hecha con sus ideas, cuando al discutirse no quisieron aceptar nada de ella ni S. S. ni sus amigos.

En cuanto á la publicación de esa ley, no se hizo porque era imposible hacerla antes de la crisis de aquel Gobierno, y yo no quisé suscitar dificultades al ministerio que nos hubiera de suceder.

Rectificaron los Sres. Auriolles, Figuerola, Navarro Rodrigo y Herrera.

El Congreso acordó pasar á la discusión de los artículos.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende esta discusión.

El señor conde de SAN LUIS: Presentó una exposición en que los notarios de Cuenca piden al Congreso una cosa que considero sumamente justa.

Se concedió licencia al Sr. Cavanilles.

Se leyeron y quedaron sobre la mesa los dictámenes de la comisión de peticiones, comprensivos desde el núm. 65 al 72, ámbos inclusivos.

El Sr. PRESIDENTE: Orden del día para mañana: la discusión pendiente, y los dictámenes que acaban de leerse.

Se levanta la sesión para reunirse el Congreso en secciones.

Eran las seis.

PARTE RELIGIOSA.

SANTO DE HOY. San Hermenegildo, Rey, y mártir.

SANTOS DE MAÑANA: San Tiburcio y San Valeriano, mártir.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de monjas mercenarias de D. Juan de Alarcón, donde continúa la novena que anualmente se consagra á la gloriosa Beata María Ana de Jesús: á las diez será la Misa mayor, en la que predicará don Patricio Páramo, y por la tarde á las cuatro y media se rezará la estación, rosario y novena, después se cantarán completas, terminando con los gozos, Letanía, Regina Celi y reserva.

En la iglesia de San Antonio del Prado continúa la novena que anualmente se consagra á la divina Pastora; á las diez habrá Misa mayor con sermón que predicará D. Vicente Pastor, y por la tarde en los ejercicios que comenzarán á las cuatro y media, dirá el sermón D. Basilio Sánchez Grande. Continúa por la tarde en las monjas Calatravas la novena de San Francisco de Paula, y predicará D. Patricio Páramo.

La asociación de Nuestra Señora de la Gracia, celebra en la iglesia de San Ignacio, un triduo de funciones á su excelsa Titular; predicará D. Cipriano Sevillano.

También continúa por la noche en la parroquia

de Santiago la novena de Nuestra Señora de la Esperanza, y dirá el sermón el P. José Joaquín Montalban.

En la iglesia de Monserrat dará principio la solemne novena que anualmente se consagra al Patriarca San José por su congregación: á las diez será la Misa mayor en la que predicará D. Manuel Carus y por la tarde á las cinco y media se manifestará á su Divina Magstad, se rezará la estación, rosario, sermón que predicará D. Gerónimo Llorente, y después la novena, gozos, reserva y la salve Josefina.

En las iglesias de costumbre se observará á la Santísima Virgen como todos los sábados.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA. Nuestra Señora del Destierro en San Martín, ó en San Sebastian.

Se reza de San Pedro González Telmo, con rito doble mayor y color blanco, haciéndose conmemoración de San Tiburcio y San Valeriano.

REAL OBSERVATORIO DE MADRID.

Observaciones meteorológicas del día 12 de Abril de 1866.

HORAS.	Barómetro reducido á 0° en milímetros.	TEMPERATURA EN GRADOS.		Dirección del viento.	ESTADO del cielo.
		Ream.	Centig.		
6 m...	708,65	5,4	6,7	S.	Celajes.
9 m...	709,44	9,8	12,2	N. O.	Cubierto.
12 m...	708,75	14,2	17,7	N. O.	Nubes.
3 t...	707,41	16,4	20,5	O. S. O.	Idem.
6 t...	707,25	14,5	18,1	O. S. O.	Idem.
9 n...	707,61	11,2	14,0	O. S. O.	Despja.

Temperatura máxima del día. 17,0 21,5
Temperatura máxima al sol. 24,6 50,8
Temperatura mínima del día. 5,0 6,2
Evaporación en las 24 horas. 2,5 milímetros.
Lluvia en id., id. 0,0 id.

DIRECCION GENERAL DE TELEGRAFOS.

Segun las partes recibidas, ayer no ha llovido en ninguna provincia.

MERCADOS.

Entrado por las puertas en el día de ayer.
11.614 arrobas de trigo.
2.512 idem de harina.
7.957 idem de carbon.
94 vacas, que componen 43.521 libras de peso.
220 carneros, que hacen 5.242 libras de peso.
294 corderos que hacen 7.500 libras de peso.

Precios de artículos al por mayor y menor.
Carne de vaca, á 5,200 escudos arroba y de 0-256 á 0-260 libra.
Idem de carnero, 0-260 á 0,506 escudos libra.
Idem de cordero, de 0,506 á 0,550 escudos arroba, y de 0-500 á 0-600 libra.
Idem de ternera, de 9 á 9-800 escudos arroba, y de 0-500 á 0-600 libra.
Tocino anejo, de 9 á 9-400 escudos arroba, y de 0-400 á 0-450 libra.
Idem fresco, á 0-550 escudos libra.
Jamón, de 12-400 á 15-400 escudos arroba, y de 0-600 á 0-700 libra.
Aceite, de 6-500 á 6-900 escudos arroba, y de 0-256 á 0-260 libra.
Vino, de 4 á 4-600 escudos arroba, y de 0-113 á 0-160 cuartillo.
Garbanzos, de 4-400 á 6-600 escudos arroba, y de 0-190 á 0-284 libra.
Arroz, de 5 á 5-800 escudos arroba, y de 0-418 á 0-160 libra.
Lentejas, de 1-900 á 2-500 escudos arroba, y de 0-086 á 0-113 libra.
Carbon, de 0-750 á 0-800 escudos arroba.
Jabón, de 6-500 á 6-700 escudos arroba, y de 0-256 á 0-260 libra.
Patatas, de 0-650 á 0-750 escudos arroba, y de 0-050 á 0-042 libra.

Precios de granos en el mercado.

Cebada, de 2-200 á 2,500 escudos fanega.
Trigo vendido, 1,469 fanegas.
Precio medio 4,504 escudos id.

BOLSA DE MADRID.

Cotización del 12 de Abril de 1866, á las tres de la tarde.

FONDOS PÚBLICOS.
Títulos del 5 por 100 consolidado, publicado, 40-55, 40, 35 y 50, y 40-50, pequeños; á plazo, 40-50, y 45 fin cor. vol.
Idem del 5 por 100 diferido publicado, 37-45, 40, 50 y 40; no publicado, 37-50 p.; á plazo, 37-40 fin cor. vol.
Deuda amortizable de primera clase, publicado, 00-00 d.
Idem de segunda, publicado, 20-25.
Idem del personal, no publicado, 22-30.
Obligaciones municipales al portador, de 4,000 reales, id., 68-00.
Billetes hipotecarios del Banco de España, publicado, 90-25.
Acciones de carreteras generales, 6 por 100 anual, emisión de 1.º de Abril de 1850, de 4,000 reales, no publicado, 80-00 d.
Idem de 2,000 rs., sin cupon, 82-50 d.
Idem 1.º de Junio de 1851, de 2,000 rs., idem 87-00 d.
Idem 51 de Agosto de 1852, de 2,000 rs. publicado, 82-50 d.
Acciones del canal de Isabel II, de 1,000 rs. 8 por 100 anual, primera emisión, id., 105-00 d.
Acciones del canal de Isabel II, segunda emisión, no publicado, 106-00.
Obligaciones del Estado para subvenciones de ferro-carriles, publicado, 75-10.
Acciones del Banco de España, no publicado 114 y 116.

Editor responsable: D. MANUEL DE TOMÁS

Imprenta de la viuda de Fernandez, calle de la Manzana, núm. 45, cuarto bajo.